

V

La resurrección de la carne.—Es dogma de fe.—Niéganla los impíos.—Es muy posible.—Es un misterio.—Tres analogías.—La semilla.—La primavera.—La crisálida.—El dormir y despertar.—Los niños.—Amén.—El lugar.—El tiempo.—La separación.—Las dos sentencias.

—¿Por qué decís la resurrección de la carne: ¿no resucita todo el hombre?

—Todo el hombre resucita, pero no resucita el alma, que no muere. "Del que es el caer es el levantarse," dice Santo Tomás, y pues la carne es la que cae en la muerte, ella es la que se levanta, y por eso se dice en el símbolo: "*la resurrección de la carne.*"

—¿Y es de todo punto cierto?

—Tanto, que es verdad de fe contenida en el Credo y definida por la Iglesia contra los herejes que han querido negarla. "Todos, ciertamente, resucitamos," dice San Pablo, y en el Evange-

lio, santa Marta dijo al Señor, que sabía que su hermano Lázaro, difunto, había de resucitar en el último día. Es muy conocido el pasaje de Job en el que dice: "Sé que he de resucitar en el último día, y en mi carne veré a mi Salvador."

—Pero, ¿no dicen muchos que la resurrección es imposible?

—Sí, lo dicen los impíos, los incrédulos, los racionalistas, en fin, todos aquellos á quienes no les conviene resucitar; pero á pesar de ellos la resurrección es posible y se ha de verificar. Pues Jesucristo resucitó tres muertos, y sus siervos otros muchos, como Santo Domingo resucitó tres, y San Francisco de Paula muchos, y San Francisco Javier los resucitaba hasta por poder, y Santa Coleta resucitó docenas de infantes para que recibieran el bautismo: claro es que la resurrección es posible, pues lo que se hace puede hacerse.

—¿Pero no es lo mismo un muerto cuyo cadáver está presente, que los

mueertos de millares de años, de los que nada subsiste?

—Ese es el grande argumento de los herejes é incrédulos: ¿cómo volver á existir los cuerpos de los que nada queda? La mejor respuesta es la omnipotencia divina: el que puede lo más, puede lo menos, y pues Dios pudo hacer al mundo de nada, y al cuerpo del hombre del barro sacado de la nada, muy bien podrá rehacerle de algo.

—¿Pero si de la muerte no queda algo, sino nada!

—Ese es un error vulgar que importa combatir. Nada perece en la naturaleza, nada se aniquila; el cuerpo muerto se convertirá en polvo, en humo, en gases; éstos entrarán á la tierra, se esparcirán en el aire, se pasarán á otros cuerpos, á las yerbas, á los animales, al hombre mismo, sufrirán mil transformaciones; pero lo cierto es que no perecen, que en alguna parte se encuentran, y al poder de Dios, que es infinito, nada le cuesta juntar todas esas partículas y formar con ellas el mismo

cuerpo que antes formaban: ¡Para Dios no hay imposibles!

—¿Pero no podría formar el cuerpo de cualquier materia?

—Si podría; pero ya no fuera nuestro mismo cuerpo, y entonces no sería resurrección de la carne sino formación de otra nueva carne. Y además, como el cuerpo ayudó al alma en las obras buenas y en las malas, debe participar con ella de la recompensa y del castigo, por lo cual el cuerpo que resucitó debe ser precisamente el mismo que vivos tuvimos.

—¿Pero no puede comprenderse el resucitar de tantos millares de millones de hombres desde Adán hasta el fin del mundo!

—Es un misterio que supera á la razón humana, pero no la contradice. Y aun que no podamos enteramente comprenderlo, la naturaleza nos presenta algunas analogías que nos facilitan esa inteligencia. Y aun en las Sagradas Escrituras se mencionan algunas de ellas.

—Apresuraos á decirlas.

—Jesucristo dice en el Evangelio que

«si el grano de trigo al caer en la tierra no muere no dará fruto, mas que si muere lo dará y mucho.» (Joan., XII. 25) Y San Pablo también dice que «Se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual.» (I. Cor. XV. 44.) De aquí podemos sacar que el cuerpo es como una semilla que en el sepulcro se pudre y á su tiempo produce fruto de su misma especie. Muerto un árbol ó una planta, como que resucita por su semilla, y así sembrado el cadáver, como que nace por la resurrección.

—¿Y aún hay otras analogías?

—San Agustín, predicándole á su pueblo, le decía: «Suelen hacerse cada año las cosechas, mas del género humano se ha de hacer una sola al fin del mundo. Si no estamos sordos, oiremos cómo todas las criaturas nos cuentan la resurrección. ¿Adónde se van y de dónde vuelven las hojas de los árboles? ¿En qué paraje se esconden y cómo de nuevo salen? ¿A qué se llevan la podredumbre, el estiércol de las bestias de las ciudades á los campos, si no es porque abonando la tierra la fecundan y la hacen producir?

Mirad como lo que por su corrupción antes causaba asco y horror, reverdeciendo los árboles nos agrada y nos deleita.» Y en efecto, el invierno es la muerte de la vegetación: á los árboles sólo les deja, por decirlo así, la osamenta; pero viene la primavera y es la resurrección: los ramos se visten de nuevo de sus hojas, como si dijéramos, los huesos se visten de su carne. Cada año vemos así muerte y resurrección.

—¿Es hermosa analogía!

—Pues hay otra aun más hermosa aunque se ha abusado de ella. ¿Quién no ve cómo el gusano se forma una envoltura donde se encierra y está allí como muerto, pues ni come ni se mueve, y á los tantos días rompe su mortaja, sale de su tumba, se desentume al calor del sol y vuela convertido en una pintada mariposa. Imagen del cuerpo encerrado en el sepulcro y que sale algún día con una vida más hermosa, pues como dice San Pablo: «se siembra en vileza y se levanta en gloria.» (Ibid.) Y aun todavía en nosotros mismos tene-

mos una sombra de la resurrección, sólo que no atendemos ni nos fijamos en ello.

—¿Cuál puede ser esa sombra ó figura?

—El dormir y el despertar, Jesucristo dijo de Lázaro, que dormía, y de la hija de Jairo, también, y ambos estaban muertos; y la Iglesia, al lugar de la sepultura de sus hijos, llama *cementerio*, que quiere decir *dormitorio*. Así, el sueño en que el cuerpo cae y se extiende, y se mete en la cama como en un sepulcro, y pierde el uso de los sentidos, nos recuerda la muerte, y las tinieblas de la noche las del sepulcro, y el despertar con la luz del día siguiente con el uso de los sentidos y la inteligencia despejada nos representa bien la resurrección. Y á Dios le es más fácil despertar á un muerto que á nosotros á un dormido.

—¿Y los niños pequeños resucitarán también?

—Llegará la hora en que *todos* los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y procederán los que hi-

cieron bienes á resurrección de vida y los que hicieron males á resurrección de juicio.» (Joan., V. 28.) Por estas palabras de Jesucristo consta que todos los muertos han de resucitar y que todos han de serlo en una sola hora, y que unos irán á ser salvos y otros á ser reprobados, pues resurrección de juicio quiere decir de condenación. Bueno es tenerlo presente, pues los protestantes, que todo lo enredan, creen en dos ó tres resurrecciones, y en mil años entre una y otra, y en otros errores condenados como herejías.

—¿Y qué se sigue de la resurrección?

—Se sigue que no vuelven más á morir ni los buenos ni los malos, pues en vano sería resucitar para morir de nuevo. Y por consiguiente, las dos suertes son inacabables, perpetuas y eternas; eternas delicias y eternos tormentos; eterno amor y eterna desesperación; eterna bienaventuranza en el cielo y eternas penas en el infierno. Por eso, á la resurrección de la carne se añade en el Credo: «y la vida perdurable. Amén.

---¿Por qué se dice amén?

---Quiere decir: es cierto, es indudable, es entera verdad.

---¿Y en donde cabrán todos los hombres resucitados?

---Los incrédulos dicen que no caben en el valle de Josafat, donde se cree que será el juicio final. Pero allí será sólo el centro, y al derredor se ha probado con números que muy bien cabrán todos. Y además, que dice San Pablo que los justos estarán «en los aires al encuentro de Cristo. (1. Thes., IV, 16.)

---¿De cuánto tiempo será obra la resurrección general?

---De un momento: «En un abrir y cerrar de ojos, dice el Apóstol, en la última trompeta, pues esta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles,» es decir, inmortales. (2. Cor. XV, 52.)

—¿Y no habrá distinción entre los muertos resucitados?

---Los ángeles separarán á los malos de en medio de los justos, á la manera que el pastor separa los cabritos de los corderos, éstos á la derecha y

aquéllos á la izquierda; y á los buenos les dirá: *Venid*, y á los malos *id*; á los buenos los llamará *benditos*, y á los malos *malditos*; á los buenos mandará al *reino* de la gloria y á los malos al *fuego* del infierno. Todo esto consta punto por punto en el Evangelio, dicho por la misma boca de Jesucristo. (Math. XXV, 34.)

VI

Señales del fin.---El Anticristo.---El fuego precursor.---Sus efectos.---Su origen.---Natural y sobrenatural.

---¿Entre la resurrección y el juicio final hay algo notable?

---Notable, admirable y estupendo. No digamos de las señales que precederán al juicio y también á la resurrección. El Señor habló de ellas y el apóstol San Pablo: guerras, pestes, terribles terremotos, fenómenos lúgubres en el sol, la luna y las estrellas, horrorosa confusión, la terribilísima persecución del Anticristo que deberá abolir el sacrificio, acabar con el culto y hacer prodigios que engañen á muchos.

---¿Pues no se dice que el Anticristo es un reino?

---Es falso, pues consta por la Santa Escritura que es un hombre ayudado por Satanás y dotado de un poder inaudito; la persecución durará tres años y medio y el Señor le dará muerte *con el espíritu de su boca.*

—Y de su patria, origen y nacimiento ¿qué se sabe?

—Nada cierto, conjeturas varias y cuentos de que no debemos ocuparnos. Creen muchos que pronto vendrá, otros, que ya nació, otros que tardará. Todo es oscuro, y son cuestiones curiosas, pero inútiles.

—¿No se habla de un fuego á la venida de Cristo Juez?

—Hablan las Escrituras y habla la Iglesia. En un salmo se dice: «Fuego ante él precederá y abrasará en derredor á sus enemigos.» (Psalm., XCVI., 3.) La Iglesia en sus preces por los difuntos ora así: «No recuerdes, Señor, mis pecados cuando vengas á juzgar al siglo por el fuego.» y repite varias veces estas últimas palabras. No cabe, pues, duda que antes de la venida del Señor vendrá un fuego que producirá varios efectos maravillosos.

—¿Cuáles serán esos efectos?

—Purificar la tierra y los elementos como renovándolos. Así lo dice el Apóstol San Pedro: (2. Petr. III. 10.) Abrasar y dar muerte á los impíos y

enemigos de Dios, como dice el salmo citado, servir de purgatorio á los justos que halle vivos, y les dé muerte para que luego resuciten.

—Pero ¿de dónde saldrá tanto fuego?

—Como en el diluvio salió agua de los mares y llovió de las nubes, así este fuego, saldrá de la tierra por erupciones inmensas y vendrá de la electricidad en monstruosas descargas. Ni hay que acudir al choque de un astro errante con la tierra que incendie la atmósfera con el rozamiento. El poder de Dios que creó el universo puede conmoverlo cómo y cuando le plazca.

—¿De modo que ese fuego será natural?

—Podrá ser natural en su origen, pero sobrenatural en sus efectos, pues como acabamos de decir, renovará los elementos, servirá de castigo á los malos y de purgatorio á los justos.

—Ya que habláis de purgatorio, y aun cuando propiamente no pertenezca á los novísimos, ¿no podríais decir algo de él?

—El purgatorio es un lugar de purificación donde van las almas que salen de la vida, en gracia, pero debiendo pena temporal por sus culpas. Allí se purifican por un fuego terrible con la pena de la privación de la vista de Dios. La existencia de este lugar ha sido declarada de fe contra los protestantes, á quienes se antojó negarlo contra los más claros testimonios de la Escritura. También es de fe que allí ayudan á un alma los sufragios de los fieles, en especial el santo Sacrificio y las indulgencias de difuntos.

—¿Y de la negación protestante qué resultó?

—Resultó, que no creyendo en las verdaderas relaciones de los vivos con los difuntos, inventaron otras falsas, indignas y pecaminosas, que son las prácticas del espiritismo.

—¿Pues qué es el dicho espiritismo?

—Se dice que es el comercio con las almas de los difuntos que evocadas con ciertos signos vienen y tratan con los vivos con golpes en los muebles, bancos que golpean, y aun escriben, etc.

Todo esto está condenado por la Iglesia como comercio con los demonios que se fingen almas de los difuntos para engañar y corromper.

—¿Y del hipnotismo qué decís?

—Que es una rama del mismo árbol: prácticas satánicas que en vano algunos tratan de defender, pues hay quien los combate con ventaja.

—Y ¿qué inferís de todo ésto?

—Se infiere que el que no cree en lo verdadero, cree en lo falso, que el que no practica la religión, llega á practicar la superstición; en una palabra, que el que no cree en Dios, cree en el diablo, y el que no adora á Jesucristo, adora á Satanás. Por eso dijo el divino Salvador: «El que no está conmigo, contra mí está.» (Math., XII., 30.)



VII.

El infierno.—Furiosamente combatido.—Vanos argumentos.—La escritura.—La razón.—La bondad de Dios exige el infierno.—La tradición —¿Por qué la insistencia?—«El infierno, opúsculo del Sr. Segur.»—Nombres.—Tormentos.—Eternidad.—Fuego real y positivo.—Alivio quimérico.—“Citra condignum!”

—¿Después del juicio qué se sigue?

—Dada la doble sentencia, al momento se ejecuta, y así, pronunciada que sea, añade el Evangelio: “E irán éstos (los malos) al eterno suplicio, mas los justos á la vida eterna.” (Math., XXV., 46.) Por eso son los dos novísimos, infierno y gloria.

—¿Qué decís del infierno?

—Lo primero digo, que así como no hay una verdad que conste tan claramente en las sagradas Escrituras, que lo repiten á cada paso, así no hay dogma que tan furiosamente hayan atacado los impíos, incrédulos, materialistas

positivistas y toda clase de enemigos de la religión, hasta muchos protestantes que tanto fingen creer en la Biblia. Y la razón es obvia: todos los que tienen horror á la cárcel y méritos para habitarla quisieran que no existiese y desbaratarla con un soplo, pero ¡vanos esfuerzos!

—¿Pero qué pueden alegar contra esa verdad?

—Muchos argumentos especiosos, pero necios, pero vanos. Unos alegan que con la muerte todo acaba, y así no hay tal infierno; otros dicen que una pena eterna no guarda proporción con las culpas del hombre; otros con sentimentalismo declaman que no hay padre que arroje á las llamas á sus hijos: olvidan que Dios es también Juez, y justísimo! Otros alegan la bondad del Señor que es infinita, y el no ser compatible con ella un eterno suplicio. Muchos dicen que el infierno es una engañifa del clero para fanatizar á los pueblos. Pero contra esto dice Dios: «Murió el rico y fué sepultado en el infierno.» (Luc., XVI., 22.) «Apartaos

de mí, malditos, al fuego eterno.» (Math. XXV., 41.) «Y tú, Cafarnaüm, hasta el infierno serás sumergida.» (Luc., X., 15.)

—¿Y la razón qué nos dice?

—Que para guardar proporción, si los goces son eternos, eternas serán las penas: que el alma del réprobo no puede cambiar, y como siempre está en pecado, siempre está castigada, y que si algún día el réprobo llegara á salir del infierno sería eternamente ^ubienaventurado, y así los buenos con los malos estarían confundidos, y como alguien ha dicho, estaría Robespierre al lado de San Vicente de Paúl en la gloria. ¿Se concibe tal absurdo?

—Pero el argumento de la bondad de Dios hace fuerza!

—Es ^ucontraproducente: la bondad de Dios prueba y exige el infierno.

—No os comprendo.

—Vais luego á comprenderlo. La bondad y la maldad son contrarios que se repelen; ¿no es cierto?

—Indudable!

Mientras más vaya creciendo la bon-

dad, más irá alejándose de la maldad, como mientras más resplandezca lo blanco, más se aparta de lo negro. ¿No es eso?

—No sé adónde vais á parar!

—Voy á parar al infierno! Si á medida que crece la bondad va alejándose de la maldad, luego si crece hasta un grado infinito, el alejamiento de la maldad deberá ser infinito.

—Parece bien discurrido.

—¿Es bien: si Dios tiene una bondad infinita, como dicen, y es verdad, luego su alejamiento de la maldad es infinito, y ese alejamiento le hace decir: "apartaos de mí, malditos, al fuego eterno." Luego la bondad infinita de Dios exige la inmensa separación de los malos, es decir, el infierno.

—Todo ello es muy racional.

—Pues si de la escritura y de la razón pasamos á la tradición universal, vemos que todos los pueblos del mundo han creído en las penas eternas. Así lo hace ver, entre otros, con su terrible elocuencia el desgraciado Lammennais. Hasta Virgilio en sus hermo-

sos versos lo revela. El negar, pues, el infierno, es el camino más corto para irlo á habitar dentro de poco y quedar desesperadamente convencidos de su existencia.

—¿Mas por qué insistís tanto en mostrarla?

—Porque tanto han hablado en contra los impíos, que han hecho vacilar y tal vez hasta perder la fe á los mismos creyentes, alucinados por los sofismas de la incredulidad. Es muy digno de leerse el chispeante opúsculo que escribió Monseñor Segur acerca del Infierno, y con este mismo título.

—¿Y qué idea nos dan los libros santos del Infierno?

—Los libros santos le llaman pozo del abismo, abismo de fuego, lago y no de agua, tierra de sempiterno horror, recinto de tinieblas, fuego devorador, fuego encendido por la boca de Dios, fuego que jamás se apaga y gusano que nunca muere, lugar de todos los tormentos, lugar de llanto y rechinar de dientes, cuya hambre es canina, cuya sed se sacia con veneno de

áspides y hiel de dragones, cuya copa contiene fuego y azufre y soplo de tempestades. Todo esto y mucho más se dice del Infierno.

—¿Y sus tormentos cuáles son?

—Continuos, sin alivio y sin fin: la pena de daño, que es la privación de Dios, es tan horrible que dicen los santos es mucho peor que la del fuego; la del fuego terrible, intensísimo, que ataca al alma y al cuerpo, que atormenta, dice San Agustín, con modos maravillosos, pero reales y verdaderos; el gusano roedor, ó sea el remordimiento incesante y desgarrador de la conciencia. Y lo más terrible de todo es que estas penas jamás tendrán término, ni alivio, ni remisión.

—Pero ¿no han creído algunos que el fuego es metafórico?

—Los protestantes, que no se atreven á negar del todo el Infierno por estar tan patente en la Biblia, han querido atenuar sus dolores diciendo que el fuego no es real sino figurado. Pero deliran, porque un fuego que se enciende, que tiene ardores, que quema,

es un fuego real y positivo, y todo esto se dice de este fuego; y en la historia de Lázaro y el rico, éste se quejaba en el Infierno diciendo: «soy atormentado en esta llama,» y pedía ser refrigerado con agua. Y no sabemos que el agua refrigeré el corazón atribulado, sino la boca abrasada.

—¿Pero no tendrán los réprobos de vez en cuando algún alivio?

—Algunos autores así lo han escrito, pero otros lo contradicen fuertemente. La Iglesia dice: «en el infierno no hay ninguna remisión. Y sobre todo, hartos es que los réprobos no sean castigados allí todo lo que merecen.

—¿Cómo puede ser eso?

—Santo Tomás lo enseña, que los réprobos allí son castigados *citra condignum*, y esta expresión quiere decir *más acá de lo que han merecido*. Siendo así, no hay necesidad de andarles buscando alivios; antes consta que al rico no se le concedió ni la gota de agua que de Abraham solicitaba, lo que da á entender cómo ni el más mínimo alivio obtendrán esos desgraciados.

VIII

Semejanzas entre el Infierno y el Purgatorio.—Diferencias muchas.—Sufragios.—Orar á las ánimas.—Coronas.—¿Perdir por los réprobos?—Niños sin bautismo.

—¿Hay muchas diferencias entre el Infierno y el Purgatorio?

—Tienen sus semejanzas y sus diferencias que será útil explicar. Son semejantes en el fuego, y aun se cree que el del Purgatorio es de la misma calidad é idéntico al del Infierno. Son semejantes en la pena de daño que en ambos lugares se padece, y aun en cierto modo que es mayor en el Purgatorio por el grande amor y deseo de ver á Dios que tienen las almas. Son semejantes por la situación, pues ambos están debajo de la tierra.

—Decid ahora las desemejanzas.

—La primera, capital y característica es la duración: en el Infierno es perpetua y nunca tendrá fin; en el Purga-

torio es más ó menos larga; tal vez hay quien allí esté hasta el fin de los siglos, pero siempre tiene término; los sufragios de los vivos lo abrevian más ó menos.

—¿Hay otras diferencias?

—Sí las hay: en el Infierno reina la más horrible desesperación; en el Purgatorio la más dulce esperanza; en el Infierno se escuchan incesantemente blasfemias y maldiciones horribles; en el Purgatorio alabanzas á Dios en medio de las penas: en el infierno atormentan rabiosamente los demonios; en el Purgatorio se cree que no tienen entrada: en el Infierno los réprobos son enemigos de Dios llenos de odio; en el Purgatorio están sus amigos llenos de amor suyo: en el Infierno todos son malditos; en el Purgatorio todos son santos: en el Infierno ni entran los ángeles, ni aprovechan las oraciones del cielo ni de la tierra; en el Purgatorio aprovechan mucho las súplicas de los santos y los sufragios de los vivos: en el Infierno nada hace la Virgen María, porque es lugar de

justicia y nó de misericordia; en el Purgatorio ejerce su misericordia, saca á sus devotos y hay revelaciones de que en el día de su Asunción libra á todas las almas de sus penas y las lleva á gozar de la gloria.

—¿Y cómo podemos mejor aliviar á las almas del Purgatorio?

—Ya dijimos que el mejor sufragio es la santa Misa; después de ella el Viacrucis y el Rosario son los que tienen numerosísimas indulgencias y todas aplicables á los difuntos.

—¿Y encomendarse á las ánimas es cosa supersticiosa?

—De ninguna manera; la experiencia dice que son oídos los ruegos que se les dirigen, y á veces más presto que acudiendo á los santos.

—¿Y las coronas de flores aprovechan á los difuntos?

En nada y para nada; son usos mundanos tomados del paganismo y reprobados por la Iglesia. Son muchas veces puro lujo y vanidad. Al sucio é inmoral autor Zolá se lee en los diarios que en carros cargaban la multi-

tud de coronas que le mandaban á sus exequias. ¿De qué le servirían á ese furioso enemigo de la Virgen de Lourdes y del mismo Jesucristo? Deben haberle servido de mayores tormentos! «Alábanlos do nó están, atorméntanlos donde están,» dice San Agustín.

—¿Nada, pues, podrá hacerse por los reprobos?

—Nada; pero pues no consta de ninguno en particular que haya sido reprobado por el Señor, pueden hacerse en lo privado oraciones y ofrecerse sacrificios por los difuntos, sin meterse á determinar si han sido sentenciados al fuego eterno. Decimos en lo privado, porque en lo público y solemne la Iglesia tiene sus reglas respecto á los herejes y excomulgados que mueren en ese estado.

—¿A dónde van los niños que mueren sin bautismo?

—No pueden ir al cielo, pero tampoco al infierno, ni padecerán penas ningunas. Dios no ha revelado ni la Iglesia ha dicho dónde estarán; que no entran en el cielo lo dijo Jesucristo: “el

que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. (Joan., III, 5.) Y que no van al Infierno lo dicen los teólogos, porque esos niños no tienen pecados personales, sino sólo el original, y sólo los pecados graves, personales, llevan al Infierno. Así, estos infantes nada padecen, lo que es bueno tener entendido, porque los incrédulos culpan de crueldad á la Iglesia como si sostuviera la condenación de esos párvulos, lo que no dice ni enseña.



IX.

La Gloria.—Sus nombres.—*Medida, Journal, Merced, Corona, Gozo, Banquete, Bodas, Ciudad, Reino.*—*Cielo, Mansión Huerto, Paraíso, Bienaventuranza.*—*Casa, templo de Dios, Torrente de delicias, Consuelo, Tierra, Hartura, Misericordia.*—*Litúrgicos, Luz, Descanso, Refrigerio, Paz, Consorcio de los santos, Sede celeste, Región de los vivos.*—*Figuras: la tierra de promisión, la Perla preciosa, el Tesoro escondido, la Dracma encontrada.*—*La Patria.*

—¿Cuál es el último de los novísimos?

—La Gloria: es el estado perfecto de la agregación de todos los bienes; es estado porque no se altera ni se cambia; es de todos los bienes porque no falta allí uno sólo, y es estado perfecto porque estos bienes nunca se acaban ni se amenguan.

—¿Y qué idea da de la gloria la santa Escritura?

002237